

LA IRUPCIÓN DE LA POLÍTICA EN LA ESCUELA SECUNDARIA: NUEVAS FIGURAS DE CIUDADANÍA EN ARGENTINA

THE INRUSH OF POLITICS IN SECONDARY
SCHOOL: NEW FIGURES OF CITIZENSHIP
IN ARGENTINA

PEDRO NUÑEZ ·

Investigador adjunto del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones Sociales de América Latina de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Argentina).
pnunez@flacso.org.ar

Resumen

En este artículo se presenta un análisis de la construcción de ciudadanía en la escuela secundaria argentina. Se aborda la discusión sobre movimientos sociales y se presentan las características del sistema educativo. Luego, se indaga en las demandas y los repertorios de acción del movimiento estudiantil secundario. Finalmente, presentamos tres figuras de ciudadanía emergentes. Se concluye que existe un desplazamiento en las acciones políticas juveniles hacia la preeminencia de la toma de escuelas y una heterogeneidad de formas de participación con énfasis en los estilos juveniles.

Registro bibliográfico

NUÑEZ, PEDRO «La irrupción de la política en la escuela secundaria: nuevas figuras de ciudadanía en argentina», en: ESTUDIOS SOCIALES, revista universitaria semestral, año XXIX, n° 56, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, enero-junio, 2019, pp. 155-177.

Abstract

This article presents an analysis of the construction of citizenship in the Argentine secondary school. We present a brief discussion on social movements and the main characteristics of the educational system. Then the paper analysed the demands and the repertoires of action of the secondary student movement. Finally, we present three emerging citizenship figures. It is concluded that in recent years there has been a shift in youth political actions towards the pre-eminence of measures such as the taking of schools and a heterogeneity of forms of participation that shows the importance acquired by youth styles.

Descriptores · Describers

Escuela secundaria / juventud / participación / ciudadanía

Secondary School / youth / participation / citizenship

Recibido: 26 / 07 / 2018 **Aprobado:** 25 / 01 / 2019

I. EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL SECUNDARIO: TRADICIONES POLÍTICAS RESIGNIFICADAS EN UN NUEVO ESCENARIO

El reciente auge de estudios sobre movilizaciones juveniles en distintas latitudes, sean los referidos al movimiento de indignados en España o la denominada «Primavera Árabe» hasta los más cercanos de «Occupa Sampa», «#YoSoy132» y los «pingüinos» en Chile dan muestra de un creciente interés en estas temáticas. Esta atracción académica, que ocurre de manera concomitante a la notoria visibilización que ganaron las y los jóvenes en el espacio público, supuso la emergencia de nuevas figuras de ciudadanía.

Este conjunto de investigaciones buscó pensar las movilizaciones juveniles en la tradición de los estudios sobre los denominados «nuevos movimientos sociales», considerando aspectos simbólicos y culturales, así como a la construcción de identidades colectivas y la búsqueda de transformaciones concretas, aunque estas características asumen formas particulares en el caso latinoamericano (DE SOUZA SANTOS, 2001). De esta forma, así como es preciso incorporar a las investigaciones nuevos interrogantes, en línea con el señalamiento hecho por Fraser sobre la necesidad de prestar atención tanto a la redistribución como al reconocimiento (FRASER, 1997), el estudio de los movimientos sociales en América Latina requiere de considerar algunas cuestiones no menores. Si bien en varios países también podemos encontrar su participación en los denominados novísimos movimientos sociales, expresión de «aquellas movilizaciones colectivas que surgen en la era de la globalización y que utilizan las nuevas tecnologías como forma de comunicación e instrumento de lucha» (FEIXA ET. AL., 2002: 16), lo cierto es que las coyunturas políticas tienen una incidencia notable. En este sentido, algunos estudios señalan que en los últimos años la región atravesó una coyuntura política donde se configuran nuevos movimientos juveniles de características más propositivas (RODRÍGUEZ, 2012) mientras que otros trabajos llamaron la atención sobre el vínculo de la militancia juvenil partidaria con el Estado (VÁZQUEZ, 2015a). En todas estas expresiones más novedosas, y más allá de las diferencias de acuerdo con la cultura política y las lógicas de movilización existentes en cada país, pareciera central considerar el rol de la dimensión generacional en la estructura, dinámica y acción política de los movimientos (FEIXA, 2016).

Sin lugar a duda habría aquí varios elementos para discutir tanto en lo relativo a la perdurabilidad de muchos de estos movimientos, al lugar que ocupan los jóvenes en la toma de decisiones o sobre las temáticas que cobran visibilidad.

También es preciso destacar que la mayor participación de jóvenes en ámbitos partidarios no es propiedad de corrientes progresistas, tal como mostraron varios trabajos (NUÑEZ Y COZACHCOW, 2015; VÁZQUEZ, ROCCA RIVAROLA Y COZACHCOW, 2017). Así resulta factible señalar que en muchos países vivimos un proceso más amplio de juvenalización de la política en el cual «se entiende la exaltación de rasgos juveniles como atributos positivos de los militantes, inclusive entre dirigentes adultos» (VOMMARO, 2015: 45). Esta mayor notoriedad es concomitante, al menos para el caso argentino que aquí analizaremos, a un proceso de construcción de la juventud como valor o causa pública (VÁZQUEZ, 2015b).

Si ponemos el foco en los estudios sobre el movimiento estudiantil encontramos que los trabajos sobre la política universitaria cuentan con mayor tradición que los referidos a la escuela secundaria. La relevancia adquirida por estudios clásicos como el de Portantiero, la importancia de la reflexión sobre la Reforma Universitaria y el rol del movimiento estudiantil universitario en diferentes momentos históricos y lugares del país (BONAVENTA; CALIFA Y MARIANO MILLÁN, 2007; TOER, 1998) hablan de su lugar en el campo de estudios. Más recientemente se consolidó una línea de investigación innovadora que combinó la preocupación por la sociabilidad estudiantil con la comprensión de las dinámicas políticas de cada facultad (CARLI, 2012) mientras otros prestaron atención al ingreso de nuevas temáticas como las sexualidades y el género en la agenda de las agrupaciones estudiantiles (BLANCO, 2014). Por su parte, la exploración en prácticas políticas juveniles en la escuela secundaria concentra menor atención por parte de los estudios. Posiblemente esto se deba a que el ámbito «escuela secundaria» se encuentra atravesado por aspectos que le dan una fisonomía particular, en tanto se trata de un espacio que históricamente adquirió un rol trascendental para los estados nacionales en la socialización política, la construcción de identificaciones, los aprendizajes y las formas de pensar y ejercer la ciudadanía. El movimiento estudiantil secundario pareciera contar con menos elementos para replicar aquellas características de autonomía e independencia respecto de la política institucional propias de otros movimientos sociales.

Efectivamente, desde la conformación de los sistemas educativos la formación de ciudadanos con ideas propias, capaces de decidir por sí mismos sin la tutela de los poderes establecidos, junto a la transmisión de determinados valores (un relato nacional, pero también los modos correctos de comportarse, de hablar, de usar el cuerpo) fueron funciones principales de la institución escolar (LECLERCQ Y BAUDELLOT, 2008). En este proceso de configuración nacional en Argentina, así

como en otros países de la región, las formas que adquirió la ciudadanía se orientaron a la construcción de un ciudadano identificado con la nación, con una unidad que tornaba sospechosos los conflictos políticos. Esto no implicó que no existieran intereses contrapuestos a lo largo de los diferentes proyectos educativos. Para señalar tan sólo otro momento emblemático durante la denominada «transición democrática», luego de la dictadura militar de 1976-1983, el gobierno electo buscó postular la imagen de un joven solidario, emprendedor, comprometido y dispuesto a aprender y practicar los mecanismos democráticos (LARRONDO, 2015) como una manera de lograr la regeneración moral del país (MANZANO, 2011). A pesar de los intentos de diferenciar política partidaria de agremiación estudiantil, el grupo de jóvenes que esos años protagonizó la refundación del movimiento estudiantil secundario argentino combinó la militancia en sus escuelas con la participación en el movimiento de derechos humanos y en los partidos políticos en los cuales se referenciaban (NÚÑEZ, OTERO y CHMIEL, 2017).

Este breve recorrido nos lleva a reflexionar sobre las dificultades de apelar a la noción de ciudadanía, dada su polisemia. En este punto sostenemos que:

«Sin pretender aquí desplegar argumentos favorables o detractores en relación al concepto tan sólo quisiéramos señalar que, en la actualidad, la ciudadanía es un significante amplio, asociado a otras palabras clave, como participación, democracia, convivencia, disciplina, autoridad, politicidad, la producción de una corporalidad «normalizada», entre otras, cuyo sentido las mismas investigaciones y sus enfoques van cargando, discutiendo y definiendo; por lo cual otras esferas parecieran cobrar importancia. A la vez, creemos que es preciso problematizar qué se entiende por ciudadano en cada momento histórico y cuáles son las implicancias de la apelación a dicha noción, así como los sentidos que los sujetos le otorgan; contemplando que se trata de los grados de pertenencia y reconocimiento y de luchas conflictivas acerca de quiénes deciden y sobre qué temas (JELIN, 1997). Finalmente, dada la heterogeneidad de formas de ser joven, también es preciso considerar «el acceso diferencial y selectivo a las prerrogativas de la ciudadanía como consecuencia de las diferentes experiencias que atraviesan los y las jóvenes» (NÚÑEZ y FUENTES, 2015: 354).

Estas dificultades son aún mayores si prestamos atención a la actual configuración del sistema educativo. En los últimos años se impulsó un conjunto de normativas y de políticas públicas que intentaron promover la participación estudiantil,

la convivencia y mayores niveles de inclusión¹. Nos encontramos ante una nueva escena escolar en el que la vieja escuela media adquiere otra configuración. En el año 2006 Argentina, siguiendo la tendencia de otros países de la región como Chile, Uruguay, Brasil o México, sancionó una nueva Ley Nacional de Educación (N° 26.206) que, entre otras modificaciones, estableció la obligatoriedad del nivel secundario desde la responsabilidad del Estado (NÚÑEZ y LITICHEVER, 2015). Se trata de una escuela en la que si bien persiste una forma escolar constatable en su modo de organización (cantidad de materias, símbolos, organización del tiempo y del espacio, entre otros aspectos) se encuentra habitada por otras generaciones que impregnan las instituciones con nuevas prácticas (expresado mayormente en los estudiantes, pero también en nuevos perfiles docentes)².

Si bien no abordaremos aquí en profundidad la cuestión de los indicadores educativos, estudios recientes dan cuenta de la manifestación en el sistema *detendencias contrapuestas* en relación con la desigualdad en la Argentina en la última década (KESSLER, 2014); expresión tanto de un incremento tanto de presupuestos como de la cobertura educativa a la vez que perduran desigualdades relacionadas con la calidad, la cantidad de días y horas de clase, en los sueldos docentes y en el presupuesto que cada provincia destina a las políticas educativas. Al igual que fue señalado por la investigación educativa en otros países del Cono Sur, además de las situaciones de inequidad, el proceso de selección de los establecimientos consolidó una distribución segmentada de la población en edad escolar (REDONDO, 2009). Sobre este fenómeno otros trabajos enfatizaron en la configuración en el ámbito educativo de distintos fragmentos sin relación entre sí (TIRAMONTI, 2004). Para decirlo en otros términos junto al investigador argentino residente en México

1] En los últimos años se sancionaron distintas normativas que fomentan la participación juvenil, como la denominada ley de «voto joven» (Ley N° 26.744 de Ciudadanía Argentina que establece el voto desde los dieciséis años de carácter optativo) y la Ley de Centros de Estudiantes N° 26.877 que dispone que las escuelas deben reconocer a los Centros de Estudiantes como órganos democráticos de representación estudiantil (NÚÑEZ y FRIDMAN, 2015).

2] Las tasas netas de escolarización secundaria aumentaron de manera considerable en las últimas décadas al pasar del 42,2% en 1980 a 59,3% en 1991; 71,5% en 2001 (CAPPELLACCI y MIRANDA, 2007) hasta alcanzar el 85, % de 2011 (DINIECE, 2014). Sin embargo, existen dificultades para sostener la escolaridad dado que las tasas de abandono se incrementan en los tres últimos años pasando de 9,64% en el secundario básico a 15,83% en el orientado para el total del país (DINIECE, 2014). Desde ya que esta situación muestra diferencias de acuerdo con las regiones del país y por quintiles de ingreso que por una cuestión de espacio no exploraremos aquí.

Gonzalo Saraví, la escuela media logra el objetivo de la universalidad, precisamente a través de la fragmentación. Este triunfo pareciera implicar el abandono de la pretensión universal tanto como de la búsqueda de integración social entre diferentes (GONZALO SARAVÍ, 2015).

Damos cuenta de este escenario ya que nuestra intención es reflexionar sobre qué ocurre a nivel de las prácticas políticas y las formas de construcción de la ciudadanía. El sistema, a la par de su fragmentación, ha perdido la capacidad de imposición de un orden simbólico que afecta también los imaginarios sobre qué es ser ciudadano. En los últimos años las experiencias escolares juveniles difieren considerablemente de acuerdo con el tipo de institución en que estudien y las dinámicas que allí tienen lugar y el clima escolar que se configure lo que otorga un peso notable al análisis de los estilos institucionales (LITICHEVER, 2010). Este nuevo escenario representa un desafío para construir un vínculo universal con la ley, así como sentidos de pertenencia a un común, sin por ello negar la diversidad. La construcción de ciudadanía dista de aquella búsqueda de homogeneidad propia de los orígenes del sistema educativo argentino. Para decirlo con otras palabras, la ciudadanía adquiere otra fisonomía a la par de un proceso donde, *grosso modo*, pasamos de la búsqueda de la igualdad por homogeneidad a la universalidad por fragmentación. Si bien la unidad que suponía la primera y la diversidad que supone el segundo momento no son tan lineales sí afrontamos otro tipo de expectativas en relación con las implicancias que supone ser ciudadano. En los próximos apartados indagaremos en la persistencia de tradiciones políticas, así como en las figuras de ciudadanía emergentes. A partir de este ejercicio nos interrogamos por las dinámicas que adquiere la sociabilidad estudiantil y sus acciones políticas.

II. SOBRE LA METODOLOGÍA DE INVESTIGACIÓN

Para abordar estas discusiones presentamos avances de dos proyectos de investigación que, con diferentes énfasis, indagan en los procesos políticos existentes en la escuela media, revisando los vínculos intergeneracionales, la convivencia y la formación ciudadana. El primer proyecto, del que presentaremos los resultados, era parte del Proyecto de Investigación Científica y Tecnológica/Universidad Pedagógica Provincial (PICT/UNIFE) «Escuela media y cultura contemporánea: vínculos generacionales, convivencia y formación ciudadana» y se realizó entre

2013 y 2016 en tres jurisdicciones del país: Ciudad de Buenos Aires, provincia de Buenos Aires y Rosario, conformando una muestra de nueve escuelas (tres en la primera, cuatro en Provincia de Buenos Aires y dos en Rosario)³ mientras que la nueva investigación es parte del Proyecto PICT 2014-2958 «Escuela secundaria, políticas públicas e impacto en la desigualdad: convivencia y formación intergeneracionales» con sede en la UNIPE y Flacso Argentina donde profundizamos la línea de investigación y consideramos también nueve escuelas de tres centros urbanos: Ciudad de Buenos Aires, tres localidades de la Provincia de Buenos Aires y Comodoro Rivadavia (Chubut). En ambos casos se seleccionaron instituciones de diferentes características para considerar distintos modelos institucionales, siguiendo un criterio similar al propuesto por McLeod y Yates (MCLEOD Y YATES, 2006). Por lo tanto, las escuelas difieren en la composición de su matrícula, tradiciones, perfil de los docentes, modalidad y características de su propuesta, por lo que la intención no fue establecer una comparación entre ellas sino poder generar reflexiones más amplias a partir del estudio de dichos modelos.

La investigación sigue una estrategia de triangulación de datos que incluye diferentes momentos. Una primera etapa consistió en la aplicación de una encuesta, que replicaba un modelo utilizado por el equipo de investigación en anteriores trabajos, a doscientos setenta estudiantes del anteúltimo año del nivel secundario con la intención de contar con un mapeo general de las expectativas y sentidos atribuidos por los estudiantes a su experiencia escolar. En cada escuela se seleccionó una división del mismo turno. El cuestionario incluyó tanto preguntas cerradas de opción única como de múltiple, donde debían elegir entre categorías presentes en el formulario. Fue organizado en cuatro bloques temáticos: datos sociodemográficos del encuestado y su familia; percepciones del encuestado acerca de su escuela;

3] En la Provincia de Buenos Aires el trabajo de campo se realizó en un ex colegio nacional considerado prestigioso, situado en la zona norte del Gran Buenos Aires, un ex colegio nacional en el interior de la Provincia, una escuela técnica en un distrito de impronta industrial y una escuela nueva creada a mediados de los años noventa durante el proceso de masificación de la matrícula en la zona oeste del Gran Buenos Aires, en un municipio altamente poblado. En la Ciudad de Buenos Aires se escogieron una escuela dependiente de la Universidad, un ex colegio nacional ubicado en una zona de la ciudad de alto poder adquisitivo, pero donde la mayoría de la matrícula proviene de una villa miseria cercana y una EMEM (instituciones creadas a comienzos de los noventa en zonas de la ciudad con menor cobertura de la matrícula y con modificaciones en sus propuestas respecto de las escuelas tradicionales). Por su parte en Rosario también se eligió una escuela dependiente de la universidad y una institución de gestión privada que atiende a jóvenes de sectores populares y se ubica en un barrio en la entrada de la ciudad.

vínculos y convivencia escolar y participación política. Con relación al cuarto bloque las preguntas estaban orientadas a indagar en sus percepciones sobre las instancias formales de participación como los Centros de Estudiantes (de acá en más CE), situaciones hipotéticas que planteaba formas de reclamo ante diferentes aspectos de la vida escolar (cuestiones de infraestructura y discriminación), tipo de acciones políticas de las que participaron (marchas, sentadas, tomas, reclamos particulares, entre otros) y los sentidos sobre los derechos y la política.

Este abordaje, en una segunda etapa, se complementó con un análisis cualitativo, dentro del marco general de los aportes de la teoría fundamentada de Glaser y Strauss (GLASER y STRAUSS, 1967) que asume que la construcción de los conceptos y los desarrollos teóricos se basan y se desprenden de los datos empíricos que la sustentan. En cada institución realizamos entrevistas semiestructuradas a distintos actores escolares: estudiantes, docentes, un preceptor y algún integrante del equipo directivo, con la intención de profundizar en las cuestiones más importantes que surgieron de los resultados de la encuesta e implicó diferentes visitas a las escuelas, en la medida en que surgían nuevas categorías en los discursos de los entrevistados. Con relación a los docentes, se entrevistó a dos profesores de materias de distintas áreas y con distintas trayectorias y antigüedad, un preceptor y un directivo. Se seleccionaron, también, seis estudiantes del anteúltimo año (tres mujeres y tres varones) que tuvieran distintas trayectorias escolares y participación política, así como consideramos la presencia de diferentes estéticas juveniles y de involucramiento en conflictos en la escuela. Las entrevistas permitieron profundizar en algunos aspectos de la información obtenida con la encuesta que nos interesaban particularmente, como sus percepciones sobre las situaciones injustas, la participación en algún tipo de reclamo y las trayectorias y tiempo dedicado a la militancia por parte de quienes participan activamente de agrupaciones estudiantiles o partidarias. En este artículo presentaremos los datos construidos a partir de estas últimas entrevistas.

Finalmente, cabe señalar que también se sumaron elementos de la etnografía que permitieron analizar las entrevistas con relación a otros momentos de la vida escolar. El trabajo de campo contempló la observación de clases, de las situaciones de recreo y entrada y salida de los alumnos del establecimiento, así como de aspectos específicos de cada institución, como por ejemplo de las interacciones en la biblioteca, el taller en el caso de las escuelas técnicas, de reuniones del Consejo de Convivencia, así como de asambleas o reuniones del CE. Esto permitió que, en algunos casos, particularmente en escuelas donde realizamos las entrevistas en el

patio o un espacio abierto la conversación involucró a dos o más estudiantes ya que se acercaban a observar y aportaban algún comentario. Para la elaboración de las figuras de ciudadanía realizamos un ejercicio similar al que emplea Carli cuando hace referencia a diferentes figuras de la infancia para recuperar las imágenes constituidas por los discursos (de los medios de la pedagogía y de la política) que condensan transformaciones globales y locales (CARLI, 2006). Asimismo, recuperamos el recorrido teórico-conceptual planteado por Puda para reflexionar a partir de las configuraciones de militancia relativamente estables en un período de tiempo, en sintonía con un tipo de militancia y también con la existencia de un perfil de investigadores y de paradigmas analíticos (PUDAL, 2011). Tomando esta idea como paraguas realizamos un recorte particular ya que las figuras que presentamos no son necesariamente cronológicas, aunque podríamos situar históricamente la aparición de alguna de ellas y su preeminencia en alguna coyuntura. Asimismo, cabe aclarar que no recuperamos una reflexión acerca de cómo son observados estos fenómenos por las investigaciones ni a la tensión entre problemas sociales y de investigación.

III. LOS ESTUDIOS SOBRE EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL SECUNDARIO Y UNIVERSITARIO

El año 2013, como viene ocurriendo desde al menos el año 2010, se caracterizó por la existencia de diferentes conflictos educativos a partir de las «tomas de escuelas»⁴ protagonizadas por el movimiento estudiantil en la Ciudad de Buenos Aires. El conflicto se debió a los cambios curriculares que el Gobierno porteño buscaba implementar para adecuar los contenidos a las resoluciones del Consejo Federal de Educación (CFE) así como a la persistencia de problemas de infraestructura en los establecimientos educativos. Más recientemente, en 2016 y 2017 se replicaron estas acciones en diferentes escuelas. En un contexto que preveía nuevos modos de acción disponibles para quienes lograran sostener un grado mínimo de organización (PEREYRA, 2016), el movimiento estudiantil secundario incorporó a la «toma» como forma principal de reclamo.

4] Las «tomas de escuelas» son acciones de ocupación del establecimiento por parte de los estudiantes. En algunos casos puede ser con cese de actividades, en otros con alteración del tipo de actividades (talleres específicos en horarios determinados por ellos), en algunos casos, los menos, se permite el dictado de algunas materias.

En este escenario resulta válido preguntarse si efectivamente la masificación del nivel secundario implica el surgimiento de nuevas demandas y de expectativas de inclusión cultural. En su investigación sobre el movimiento estudiantil secundario en Chile Aguilera relaciona la aparición de «los pingüinos» con la existencia de un sujeto político expresado por jóvenes que por primera vez no está fuera del sistema educativo y tienen altas expectativas individuales y colectivas (AGUILERA, 2011). De acuerdo con el autor, se da un proceso de reencantamiento juvenil con la política que a la vez implica un aprendizaje y el inicio de una trayectoria de militancia hasta el punto de que años después varios de esos líderes se convirtieron en legisladores. El movimiento estudiantil chileno, al igual que lo señala Feixa para el caso de los indignados en España, transita un itinerario que discurre de las calles al parlamento (FEIXA, 2016).

Ahora bien, en este contexto también es preciso indagar en las demandas que adquieren mayor legitimidad y movilizan adhesiones. Este fenómeno no es particular de Argentina, sino que se expresa en otros países. En un trabajo donde explora el caso de MANE (Mesa Amplia Nacional Estudiantil) en Colombia Galindo (GALINDO y ALVES OLIVEIRA, 2015) muestra que en las movilizaciones confluye una heterogeneidad de colectivos que en la práctica implica la cohabitación entre quienes tienen una adhesión partidista y aquellos que se presentan desde un apartidismo político. La educación se convierte así en una demanda más amplia, no sólo del estudiantado, logrando movilizaciones masivas, mayor presencia en la calle y también la disputa y visibilización en una dinámica vía redes sociales que logró pasar de las calles a internet y de allí a la prensa nacional.

Más que encontrarnos sólo con la aparición de prácticas innovadoras hallamos la combinación de tradiciones políticas que se interrelacionan con aspectos novedosos que irrumpen en el espacio público. En su estudio sobre el 14 de agosto como hito y lugar de memoria en el Uruguay, Sempol muestra las disputas en torno a la figura del «mártir estudiantil» como modelo de juventud y también como esta fecha se fue resignificando en diferentes momentos y contextos políticos (SEMPOL, 2006). En su trabajo destaca que a partir la década del noventa crece la convocatoria y la incidencia del movimiento estudiantil, así como surgen diferencias en la construcción de la memoria, fundamentalmente expresadas entre movimiento estudiantil secundario y el universitario, así como la conversión de la marcha más en un espectáculo musical (con la inclusión del «toque», es decir, la actuación de bandas musicales). Por esos años, quizás como muestra de revitalización del mo-

vimiento estudiantil secundario, varios liceos fueron ocupados en disconformidad con la reforma educativa (GRAÑA, 2005). En el caso de la MANE también se encuentran formas inéditas de protesta social, que se exteriorizan en una multiplicidad de manifestaciones creativas que combinaron el «abrazatón» y «besoton», marchas o acciones en transporte público (GALINDO y ALVES OLIVEIRA, 2015).

Esta notable heterogeneidad de repertorios de acción también se puede apreciar en el caso que estudiamos. El movimiento estudiantil secundario apela a una mixtura de acciones, la combinación de vías institucionales y nuevos caminos para movilizar adhesiones como la intervención de estudiantes que eran considerados por la mayoría como poco politizados y muy académicos como muestra Luna para los reclamos en la universidad en Córdoba (LUNA, 2015). Queremos ser extremadamente cuidadosos y evitar las generalizaciones en el análisis de las dinámicas de movilización juvenil en cada país, pero aun así creemos que es factible señalar que parecieran emerger ciertas configuraciones generacionales de la política (VOMMARO, 2015). En el caso del movimiento estudiantil secundario argentino (al menos de sus componentes más visibles) sus acciones se tradujeron en una apropiación cuasi festiva del espacio escolar, en la aparición de grafitis, lenguajes, ropas que suponen una visibilización de sus estilos y condensa mayores adhesiones en defensa de la educación «pública» en tanto y en cuanto el reclamo no se vincule con algún partido político. Los trabajos que estudiaron las primeras tomas de escuelas ocurridas en la Ciudad de Buenos Aires en el año 2010 dan cuenta de que las demandas por aspectos del estado de los establecimientos educativos permitieron que los estudiantes construyeran una definición amplia de la identidad política a partir de esa demanda, considerada «legítima» por distintos sectores, aspecto que se resintió con otros reclamos consideramos «partidarios» (SCARFÓ y ENRIQUE, 2010).

Desde luego, esto no implica una ausencia total de las organizaciones partidarias pero, como señalamos en otro texto las protestas estudiantiles de los últimos años combinaron un modo de involucramiento político diferente al de otras generaciones —la deslegitimación de la violencia quizá sea su mayor contraste—, cierto desplazamiento de la figura del ciudadano/cliente propia del fin del siglo xx hacia la demanda de derechos, con la presencia de rasgos tradicionales de la cultura política argentina, en particular el «poner el cuerpo» como estrategia principal por sobre la búsqueda de mecanismos institucionales que permitieran canalizar el conflicto (NUÑEZ, 2011). Más que en términos de la nueva y la vieja política optamos por un

camino que piensa en la imbricación de tradiciones, la sedimentación de formas de hacer política transmitidas de generación en generación con las formas que irrumpen de manera novedosa en el escenario escolar.

IV. SOBRE SER CIUDADANO/A/X EN LA ESCUELA: FIGURAS EMERGENTES

A lo largo de estos años de investigación en las escuelas encontramos situaciones bien diversas en un gradiente que va desde la presencia de CE con funcionamiento activo y persistente en el tiempo, otras donde si bien los alumnos cuentan con esta instancia su actividad es débil, escuelas donde se eligen delegados hasta instituciones en las que a primera vista parecieran no contar con organización estudiantil (lo que no significa la inexistencia de acciones de reclamo). Asimismo, las estéticas y consumos juveniles ocupan un lugar predominante en la organización de la participación política juvenil. En nuestro trabajo de campo nos topamos con jóvenes que convocan a conformar un CE a través de un afiche que combina personajes de Los Simpson y el Che Guevara o acciones que resignifican parte del escenario urbano que transitan como el cartel hecho por estudiantes de una escuela en la Ciudad de Buenos Aires, que utilizando de fondo los avisos de oferta de servicios de prostitución escribieron: «La mujer no es un objeto sexual»; hasta CE o grupos de jóvenes que desarrollan proyectos sobre violencia de género o las diversidades sexuales y pegan afiches en las paredes de sus escuelas con consignas como: «si te pega no te quiere» o a «usá forro (preservativo) para cuidarte».

La constatación de esta variedad de intereses, significados e identificaciones nos llevó a repensar los ejes de análisis, debatir los cambios y las continuidades en los modos de pensar y practicar la política. Más que la presencia de nuevas y viejas prácticas políticas –en un ejercicio que tiende a otorgar sentidos positivos a las primeras y negativos a las otras» hallamos una combinación de «elementos innovadores» con «patrones arraigados» a la cultura política. De esta forma evitamos un análisis restringido a la dicotomía entre las formas «adecuadas o normales» de participación política y aquellas «alternativas», así como de la «vieja» y la «nueva política» (KROPFF y NUÑEZ, 2010).

Asimismo, la investigación tuvo lugar en una coyuntura política particular que impactó particularmente en el caso de la Ciudad de Buenos Aires, pero con resonancia en otras jurisdicciones debido a la mediatización de las ocupaciones de

los edificios escolares. Entendemos que los conflictos en torno a la aplicación de reformas en el nivel secundario permiten observar la trama donde se entrelazan las políticas públicas y las posiciones de los actores en el momento en que dichas iniciativas se traducen en cambios en la cotidianeidad escolar. Efectivamente, a modo de hipótesis, en este artículo planteamos que, junto a los reclamos por la infraestructura y cuestiones de género y diversidad sexual, una de las cuestiones que más moviliza a los estudiantes es la discusión de las reformas curriculares.

Si bien la propuesta de la nueva escuela secundaria fue aprobada en el año 2010 por el Consejo Federal de Educación presentando una división entre ciclo de formación general y otro orientada, así como distintas orientaciones no fue hasta 2013 cuando el conflicto surgió en la Ciudad de Buenos Aires⁵. En ese año los estudiantes reclamaron su participación en la discusión, especialmente ante la redefinición del dictado de la materia de Historia y la inclusión de un nuevo diseño curricular. En el año 2017 los conflictos resurgieron, en este caso también en referencia a la propuesta de un nuevo cambio curricular con la presentación del Proyecto de la Escuela Secundaria del Futuro. Ese año el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires promovió un proyecto que busca reorganizar a cantidad de materias, agrupar contenidos, establecer trayectos por créditos y la realización obligatoria de pasantías en empresas durante la mitad del último año de cursada. Ante la reforma se sucedieron una serie de movilizaciones y tomas de escuelas.

En este escenario sostenemos que la construcción de la ciudadanía que, como señalamos anteriormente, fue pensada como función central del sistema educativo, se encuentra en un proceso de reconfiguración en tres planos entrelazados: los cambios en la cuestión curricular, las mutaciones institucionales y las percepciones juveniles sobre qué es ser ciudadano/a. Las constantes reformas curriculares inciden notablemente en esta reconfiguración a partir de las propuestas de cambio en los contenidos de las materias o la carga horaria. Este primer aspecto implica una dificultad adicional para instituciones que se por parte de la política educativa en los contenidos de lo que se cree necesario para la construcción de la ciudadanía.

5] La nueva escuela secundaria mantiene las siguientes orientaciones: bachillerato en Ciencias Sociales o en Ciencias Sociales y en Humanidades; bachillerato en Ciencias Naturales; bachillerato en Economía y Administración; bachillerato en Lenguas; bachillerato Agrario/Agro y Ambiente; bachillerato en Turismo; bachillerato en Comunicación; bachillerato en Informática; bachillerato en Educación Física, y bachillerato en Arte (música, artes visuales, teatro, danza); además de preservar el secundario técnico.

Si hoy el diseño curricular plantea, por ejemplo, para el caso de la Ciudad de Buenos Aires, la materia Formación Ética y Ciudadana de primer a cuarto año el nuevo cambio curricular aún en un proyecto nebuloso no presenta con claridad cuál será el recorrido propuesto. Este primer punto implica una dificultad adicional para instituciones que se encuentran en plena mutación en cuanto al sentido otorgado socialmente al nivel secundario: ¿cómo enseñar hoy a ser ciudadano/a? De allí que los equipos directivos y docentes desplieguen múltiples intervenciones, muchas loables, pero que, ante la indefinición de la política educativa, en la práctica repercuten en el desdibujamiento de la promesa de consolidación de una ciudadanía universal. En tercer lugar, y muy posiblemente en consonancia con los dos puntos anteriores, las y los jóvenes despliegan formas de construcción de ciudadanía, ciertamente sin denominarlas de esa forma, que reflejan esa diversidad, a veces traducida luego en desigualdad, otras en dispersión de lo que implica ser ciudadano/a hoy, ya sin requisitos reconfigurados. Sobre este punto nos detendremos en este apartado.

A partir de los relatos de los jóvenes construimos «figuras» de ciudadanía emergentes en la escuela secundaria que reflejan la diversidad de prácticas políticas presentes. En este artículo proponemos, de manera tentativa, tres figuras: una «ciudadanía militante», una instrumental y los/as «activistas»⁶. Las construimos en tanto tipos ideales, por lo que no son excluyentes entre sí, sino que buscamos dar cuenta de los rasgos más visibles de cada una de ellas. También es preciso destacar que si bien un joven puede caracterizarse por un perfil esto no implica que no presente rasgos de otras figuras en simultáneo o no pueda desplazarse en el futuro hacia una de ellas. Entendemos que las mencionadas figuras cristalizan la aparición de estilos de hacer política en la escuela, en tanto conjunción de diferentes cuestiones que se presentan en el espacio escolar de manera desarticulada.

La primera figura tiene que ver con el militante del CE, expresión de estudiantes más comprometidos con las ideas de una agrupación o partido político. En este primer caso se trata de la persistencia de sentidos militantes similares a los existentes en otros momentos históricos, como principios de la década del ochenta. En una entrevista realizada en Rosario en 2014, una estudiante señala cuáles cree que son los derechos de los jóvenes:

6] Unas ideas iniciales sobre estas figuras fueron presentadas en un texto conjunto con Estefanía Otero y Fira Chmiel (OTERO y CHMIEL, 2017).

«Los que permiten que un joven se pueda involucrar en la participación política porque yo creo que el régimen en el que estamos es un régimen que no puede dar ninguna respuesta a los intereses ni de los jóvenes ni de los trabajadores entonces lo que hay que hacer es cambiarlo, ese es mi planteo» (Estudiante mujer de 4º año)

De un modo similar, un estudiante de una escuela bachiller-ubicada en la zona norte del Gran Buenos Aires planteaba su mirada sobre las funciones del Centro de Estudiantes, en íntima relación con su rol como expresión de las agrupaciones partidarias.

«El centro de estudiantes por definición es una herramienta política, siempre somos críticos a aquellos que dicen que el centro de estudiantes no debe ser político, pero para nosotros (...) es una herramienta de lucha y recreación de los estudiantes. El centro de estudiantes es la herramienta de organización, y también a la hora de hacer actividades recreativas en los momentos en que la lucha no es lo principal o también para aquellos estudiantes que no se ven representados por esas reivindicaciones» (Estudiante varón, 5º Año).

Por lo general, estos jóvenes participan en espacios por fuera de la escuela, varios militan en juventudes de partidos políticos y/o en organizaciones sociales o sindicales. En estas escuelas las listas pueden presentarse con números o nombres ficticios (Pi14, Spiderman, El Eternauta, Lista 39, Octubre, La Creciente), aunque muchos conocen la pertenencia partidaria de los candidatos mientras que en otras oportunidades la identificación es más explícita y los nombres se vinculan a vertientes del kirchnerismo/peronismo (Unidos y Organizados o con Nuevo Encuentro), las juventudes socialistas o con el Partido Obrero y el Frente de Izquierda. Esta figura de militante está más extendida también en instituciones donde los y las estudiantes organizan el acto del 16 de septiembre⁷. En muchos

7] El 16 de septiembre de 1976 es conocida como La Noche de los lápices por el secuestro y posterior desaparición de un grupo de estudiantes secundarios que reclamaba por el boleto estudiantil. Es una fecha emblemática para el movimiento estudiantil al punto que todos los años se organiza una marcha, muchas agrupaciones adoptaron este nombre y en varias escuelas se suele realizar un acto. En 1998 por el Decreto N° 1109/98 se lo estableció como Día del Estudiante Secundario en la Ciudad de Buenos Aires, incorporándolo al calendario oficial y desde el 2006 se conmemora el Día de la Juventud en todo el país.

casos, como ocurrió en 2014 en la escuela dependiente de la Universidad en Rosario, se suceden sentadas, marchas, ocupación del establecimiento en relación también con los conflictos docentes y los debates ocupan la atención de la agenda pública, tanto en los diarios locales como en los foros virtuales de discusión y en redes sociales como Facebook y Twitter.

Ahora bien, no todos los que participan en sus escuelas otorgan esa construcción de sentidos a la labor del militante ni en todas las instituciones existe el CE. En algunos casos cuentan con centro de delegados u otro tipo de institucionalidad, diferente al CE. Denominamos a esta figura la «ciudadanía instrumental». En estos casos las y los jóvenes plantean algunas demandas relacionadas a tornar más habitable el espacio escolar. Las mismas parecieran corresponder a un nuevo conjunto de cuestiones que ingresan en las instituciones: la incertidumbre ante el futuro –tanto en lo relativo a qué estudios seguir como a los aprendizajes laborales mediante pasantías–, la preocupación por la inseguridad –la demanda de «porteros para cuidar las bicis»–, las necesidades económicas formuladas en el reclamos por «un kiosco más económico» y becas así como la preocupación porque la escuela cumpla sus funciones más básicas, expresada en la demanda ante las reiteradas ausencias de los docentes o los conflictos entre estudiantes.

«Está el centro de delegados, donde ahí charlamos con los compañeros de conflictos y todos esos problemas que tienen, para solucionarlos, para que no haya conflictos dentro del colegio más que nada. Antes había rivalidades, ahí ayudó un montón el centro de delegados, tratamos de que no haya conflicto en el colegio, porque nos tenemos que ver la cara todos los días» (Estudiante varón, 5º Año).

Es una figura más visible en escuelas que atraviesan un proceso de cambio en su perfil institucional, fundamentalmente por el ingreso de jóvenes de sectores socio-económicos diferentes a los que tradicionalmente estudiaron en esos establecimientos, dotando de mayor heterogeneidad social a la matrícula. En la entrevista que mantuvimos con una estudiante de un Ex Colegio Nacional ubicado en la CABA, la joven plantea una suerte de «rol mediador» de quienes son delegados/as tanto como cierta desazón ante lo infructuoso del pedido:

«En mi curso reclamamos para cambiar los pizarrones. Lo hablaron entre los delegados, creo que le dijeron a la vice, pero el pizarrón sigue igual» (Estudiante mujer de 4° Año).

También constatamos la presencia en las escuelas de una tercera figura que denominamos «ciudadanía activista». Se trata de un tipo de involucramiento consolidado al calor de dos hechos que confluyeron en los últimos años: la posibilidad de disfrutar del espacio escolar como ámbito de sociabilidad juvenil y mayor presencia de diferentes estilos juveniles y los procesos de «tomas de escuelas». Posiblemente es esta figura donde se observan mayores diferencias con la militancia más comprometida en términos partidarios y, a la vez la más cercana en su atracción por los procesos políticos desde una interpelación más en términos individuales que colectivos, aun cuando recurran a instancias de representación estudiantil. Se trata de quienes tienen un alto interés en los procesos políticos, se involucran y participan activamente, pero no tienen un lazo de participación con un partido político, sino que sus acciones se asemejan a una figura de ciudadano activista que presenta sin referencia a los diferentes derechos, escalas y actos a través de los cuales estas figuras promueven sus acciones (ISIN, 2009). Una estudiante de una escuela de la Ciudad de Buenos Aires, delegada de su curso, señalaba la diversidad de espacios y actividades que recorrió, dando cuenta de una militancia que pareciera dar cuenta de un proceso de individuación de la política:

«Una vez fui a un acto por Mariano Ferreyra⁸. Estuve en varias tomas de colegios. Reclamando el Polo Educativo en Saavedra. Pero no milito en un partido. Es mucho más importante militar por las cosas personales, por los derechos, los estudiantes, los derechos de gays y lesbianas» (Estudiante mujer de 4° año).

En otras instituciones emerge como consecuencia de la búsqueda por incidir en los Acuerdos Institucionales de Convivencia, especialmente por parte de las estudiantes mujeres que perciben una mayor regulación sobre sus cuerpos. En el caso de un ex nacional del interior de la Provincia de Buenos Aires donde existía

8] Mariano Ferreyra fue un joven militante de un partido trotskista asesinado el 20 de octubre de 2010 por una patota sindical con complicidad policial en un reclamo de trabajadores terciarizados. Su figura se volvió emblemática tanto en el juicio posterior como a modo de ejemplo, por parte de la juventud de la izquierda revolucionaria.

una norma que estipulaba que las mujeres tenían que concurrir con guardapolvo, mientras que exceptuaba su uso para los varones. El CE impulsó el cambio en la normativa, pero movilizó por las situaciones de algunas estudiantes que plan- taban el control como coerción de su libertad de expresión.

«Había una norma que el Centro de Estudiantes luchó y la sacó, que era las mujeres de guardapolvo, y los varones venían vestidos como querían. La ropa es una manera en la que te expresas también, te ven como sos, digamos, a través de la vestimenta» (Estudiante mujer, 5º Año).

Las figuras aquí presentadas permiten observar la heterogeneidad de formas de participación, así como la existencia de diversas causas militantes. Los extractos de las entrevistas brindan la oportunidad de repensar la noción de ciudadanía que se pone en juego actualmente en la escuela secundaria. En efecto, a partir de fines de la década de los dos mil el movimiento estudiantil secundario atravesó por un proceso de reconfiguración. Estos elementos nos permiten señalar que existe un cúmulo de cuestiones que interpela a las juventudes, aunque pareciera ser tal la diversidad que no se logran consensos amplios sobre las demandas a presentar.

Tal como mostramos, las acciones políticas en las escuelas hacen hincapié en aspectos curriculares, la infraestructura escolar hasta la discusión sobre los Acuerdos de Convivencia Escolar, particularmente acerca de las regulaciones sobre la vestimenta que llevan los estudiantes⁹. Cabe señalar que en las escuelas secundarias de gestión pública no es preciso vestir uniforme, aunque esto no implica la inexistencia de regulaciones sobre el largo de los vestidos, polleras y escotes para las mujeres o las remeras de equipos de fútbol y las vísceras en el caso de los varones.

9] Las políticas de convivencia escolar aparecen así nombradas en la Ley de Educación Nacional de 2006 y en las resoluciones del Consejo Federal de Educación y del Plan Nacional de Educación Obligatoria y Formación Docente que hacen referencia a la necesidad de fomentar la participación de las y los estudiantes y a la consolidación de una cultura democrática en las escuelas. En el año 2013 el Congreso Nacional sanciona la Ley Nº. 26.892 para la Promoción de la Convivencia y el Abordaje de la conflictividad social en las institucionales educativas. Este entramado legal establece que las instituciones deben elaborar de manera colectiva con participación de estudiantes y docentes Acuerdos Institucionales de Convivencia o Acuerdos Escolares de Convivencia (la denominación puede cambiar de acuerdo con cada jurisdicción) así como conformar un Consejo de Convivencia Escolar con representación de los diferentes actores educativos.

A partir de estos sucesos en varias escuelas cobraron relevancia, incluso llegando a los medios de comunicación, las acciones denominadas «pollerazos»¹⁰. Tal como destaca González del Cerro son intervenciones realizadas por estudiantes en escuelas secundarias que tienen como objetivo denunciar las regulaciones institucionales sobre sus modos de vestir, principalmente de las jóvenes (GONZÁLEZ DEL CERRO, 2017). Durante el trabajo de campo recopilamos situaciones donde se replicaba esta acción, aunque enfocada sobre la injusticia de las normas de convivencia y la necesidad de actualizarlas. Si bien aún es preciso contar con más elementos para desarrollar estas cuestiones entendemos que refleja la preeminencia que adquieren las estéticas juveniles como causa militante. Entendemos que hay aquí elementos para pensar que los conflictos parecieran también organizarse a partir de una lógica que vincula individuación y lenguaje de derechos (PEREYRA, 2016) y considerar, del modo en que propone Pudal, los efectos de procesos históricos de «individuación» (y no de individualismo) sobre las prácticas militantes que se encuentran en relación con las transformaciones de los sistemas de enseñanza (PUDAL, 2011).

V. CONCLUSIONES: ALGUNOS INTERROGANTES PARA NUEVAS LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN

En este trabajo mostramos que las prácticas políticas juveniles se expresan a veces través de los CE y, en otras ocasiones, a partir de manifestaciones culturales en sus escuelas, dando cuenta de los diversos sentidos otorgados a la participación. Este abordaje nos permite presentar diferentes figuras de ciudadanía, aún en construcción y planteadas aquí de manera tentativa. A lo largo de estos años de investigación, encontramos formas de identificación con partidos políticos, la presencia de militantes y también que las y los jóvenes apelan a un conjunto de referencias que expanden de politicidad otros elementos, como por ejemplo íconos del mercado de consumo musical o series de televisión; donde cobran creciente relevancia las estéticas juveniles. El trabajo de campo da cuenta de un conjunto de cuestiones que parecieran interpelar más a las y los jóvenes, como las referidas

10] En 2014 una noticia se viralizó con el *hashtag* #VouDeSaia (voy de pollera) en las redes sociales y alcanzó algunos medios internacionales: en una tradicional escuela pública de Río de Janeiro, unos alumnos varones se habían puesto de acuerdo para asistir a clases vestidos con polleras. El gesto apuntaba a solidarizarse con una compañera trans a la que la escuela obligaba a vestir con uniforme masculino.

a las sexualidades, las estéticas y los vínculos entre ellos, y con los adultos o las reformas curriculares; aspectos que permite repensar la noción de ciudadanía que se pone en juego en la escuela en la actualidad.

Los hallazgos permiten señalar que en los últimos años existió un desplazamiento en las acciones políticas juveniles —a veces expresadas a través de CE, en otras oportunidades en formas institucionales más endebles— hacia modos de organización que incluyen la elección de delegados, asambleas y la preeminencia de medidas como la «toma de escuelas» y acciones de grupos más reducidos referidas a la importancia de los estilos juveniles reflejadas en los llamados «pollerazos». Entendemos que para estudiar los procesos de politización en la escuela secundaria precisamos explorar en la arena donde se entrecruzan lo que enuncian las normativas, las propuestas de la política pública, las posturas de los actores escolares y las acciones políticas de los jóvenes; un ámbito donde se expresan tensiones, negociaciones y conflictos y donde las prácticas políticas juveniles son en algunos casos innovadoras mientras que en otros reproducen formas tradicionales.

Sin lugar a duda quedan por delante muchas cuestiones a considerar. La primera es la necesidad de ampliar el análisis más allá de centros urbanos como la Ciudad de Buenos Aires, Rosario o Córdoba y de algunas instituciones emblemáticas. Si bien buscamos considerar experiencias en otras jurisdicciones el trabajo conserva un tinte excesivamente localista que puede sesgar el análisis. Los estudios situados permiten dar cuenta de la forma que adquirieron las experiencias de militancia juvenil en cada momento histórico en algunas ciudades del país. Representan un desafío para pensar las dinámicas que éstas cobraron en otros lugares, lo que permitiría generar estudios comparativos a fin de observar las similitudes, así como las particularidades en cada ámbito. Asimismo, y como modo de establecer comparaciones sobre lo que ocurre en distintos países, necesitamos prestar mayor atención a las características y dinámicas propias de la cultura política de cada lugar. Mientras que, en Chile, y también es factible de señalar para los indignados en España, los movimientos pasan de la calle a las instancias institucionales a través de la recuperación del rol del parlamento el caso argentino pareciera caracterizarse por la primacía de política en el espacio público, la ocupación de escuelas y calles; aún por parte de actores políticos que cuentan con representación en espacios institucionales.

Si estamos en lo cierto, y las transformaciones en el espacio escolar dan cuenta de una heterogeneidad de formas de participación y de demandas, precisamos de nuevas investigaciones para reflexionar sobre las particularidades de la cultura

política local, las relaciones que se establecen entre las causas militantes a nivel nacional y local y los repertorios de acción predominantes, para así dar cuenta de la diversidad de modos de ser joven y de maneras de vivir y practicar la política que se despliegan en el ámbito de la escuela secundaria y el movimiento estudiantil.

Referencias bibliográficas

- AGUILERA, OSCAR (2011): «Acontecimiento y acción colectiva juvenil. El antes, durante y después de la rebelión de los estudiantes secundarios chilenos el 2006», en: *Propuesta Educativa*, vol. 35, pp. 11-26.
- ARCE CASTILLO, VALENTINA, ARIAS, LUCÍA Y VACHIERRI, ERIKA (2014): «La toma de escuela como acontecimiento: un análisis desde la participación juvenil», en: Paulín, H. y Tomasini, M. (coord.), *Jóvenes y escuela. Relatos sobre una relación compleja*, Córdoba, Editorial Brujas.
- BAUDELLOT, CHRISTIAN Y LECLERCQ, FRANÇOIS (2008): *Los efectos de la educación*, Buenos Aires, Del Estante Editorial.
- BLANCO, RAFAEL (2014): *Universidad íntima y sexualidades públicas. La gestión de la identidad en la experiencia estudiantil*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- BONAVENA, PABLO, CALIFA, JUAN S. Y MILLÁN, MARIANO (2007): «El movimiento estudiantil argentino. Historias con presente», Buenos Aires, Ed. Cooperativas.
- CAPPELLACCI, INÉS Y MIRANDA, ANA (2007): *La obligatoriedad de la educación secundaria en argentina. Deudas pendientes y nuevos desafíos*, Buenos Aires, DINIECE, Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología.
- CARLI, SANDRA (2006): «Notas para pensar la infancia en la Argentina (1983-2001). Figuras de la historia reciente», en: Carli, S. (comp.), *La cuestión de la infancia*, Buenos Aires, Paidós.
- CARLI, SANDRA (2012): *El estudiante universitario*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- DE SOUZA SANTOS, BOAVENTURA (2001): «Los nuevos movimientos sociales», en: *Osal*, pp. 178-220.
- ENRIQUE, IARA Y SCARFÓ, GABRIELA (2010): «Experiencias y discursos sobre organización política y laboral de las y los jóvenes. Un acercamiento histórico-etnográfico a los procesos de socialización-apropiación contemporáneos», en: *Observatorio de Juventud*, vol. 25, pp. 29-40.
- FEIXA, CARLES, SAURA, JOAN Y COSTA, CARMEN (2002): *Movimientos juveniles. De la globalización a la antiglobalización*, Barcelona, Ariel.
- FEIXA, CARLES (2016): «Jóvenes indignados», en: Oliart, P. y Feixa, C. (eds.), *Juvenopedia. Mapeo de las juventudes iberoamericanas*, Barcelona, NED Ediciones.
- FRASER, NANCY (1997): *Iustitia Interrupta: Reflexiones críticas desde la posición «postsocialista»*, Bogotá, Siglo de Hombres Editores.
- FRIDMAN, DENISEY NÚÑEZ, PEDRO (2015): «Figuras de ciudadanía y configuraciones normativas en la escuela secundaria. Estudios de caso en cuatro modelos institucionales en la Provincia de Buenos Aires, Argentina», en: Llanos, D., Unda, R.

- y Mayer, L. (comp.), *Procesos y experiencias de socialización escolar en Iberoamérica*, Clacso Ediciones/Editorial Universitaria Abya-Yala.
- GALINDO RAMIREZ, LILIANA Y ALVES OLIVEIRA, RITA (2015): «Movimientos juveniles y usos de las tecnologías digitales en América Latina», en: Cubides, H; Borelli, S.; Unda, R. y Vázquez, M. (comps.), *Juventudes latinoamericanas: prácticas socioculturales, políticas y políticas públicas*, Quito, Clacso Ediciones.
- GLASER, BARNEY Y STRAUSS, ANSELM (1967): *The Discover of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*, Chicago, Aldine.
- GONZÁLEZ DEL CERRO, CATALINA (2017): «Género y política en una escuela secundaria: un estudio sobre las regulaciones en la vestimenta escolar», en: *Actas de las V Jornadas Nacionales y III Jornadas Latinoamericanas de Investigadoras/as en Formación en Educación*, Universidad de Buenos Aires, 29 y 30 de noviembre y 1 de diciembre de 2016.
- GRAÑA, FRANCISCO (2005): *Nosotros, los del gremio*. Montevideo, Editorial Nordan-Comunidad.
- ISIN, ENGIN (2009): «Citizenship in flux. The figure of the activist citizen», en: *Subjectivity*, vol. 29, pp. 367-388.
- JELIN, ELIZABETH (1997): «Ciudadanía de las mujeres en América Latina», *Agora. Cuaderno de Estudios Políticos*, n° 7, pp. 189-214.
- KESSLER, GABRIEL (2014): *Controversias sobre la desigualdad. Argentina, 2003-2013*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- KROPFF, LAURAY NÚÑEZ, PEDRO (2010): «Eje acción, participación, opciones y estrategias políticas», en: Red de Investigadora/es en Juventudes (eds.), *Estudios sobre juventudes en Argentina I. Hacia un estado del arte 2007*, La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- LARRONDO, MARINA (2015): «El movimiento estudiantil secundario en la Argentina democrática: un recorrido posible por sus continuidades y reconfiguraciones. Provincia de Buenos Aires 1983-2013», en: *Última década*, vol. 42, pp. 65-90.
- LITICHEVER, LUCIA (2010): *Los Reglamentos de Convivencia en la Escuela Media. La producción de un orden normativo escolar en un contexto de desigualdad*, Tesis de Maestría en Ciencias Sociales con Orientación en Educación, FLACSO-Arg, inédita.
- LUNA, MARCOS J. (2015): «Participación estudiantil en procesos institucionales: la controversia entre lo instituyente y lo destituyente a partir de experiencias de militancia en la UNC», en: *XI Jornadas de Sociología*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Disponible en: <https://www.aacademica.org/000-061/700> (último ingreso: 26/06/2019).
- MANZANO, VALERIA (2011): «Cultura, política y movimiento estudiantil secundario en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX» en: *Propuesta Educativa*, n° 35, pp. 41-52.
- MC LEOD, JULIE Y YATES, LYN (2006): *Making modern lives. Subjectivity, schooling and social change*, New York, State University of New York Press.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN (2014): *Informe DINIECE en base a Encuesta Anual Hogares Urbanos 2012*. Buenos Aires. INDEC.
- NÚÑEZ, PEDRO (2011): «Introducción: Protestas estudiantiles: interrelaciones entre escuela media y cultura política», en: *Revista Propuesta Educativa*, n° 20, vol. 35, pp. 1-7.
- NÚÑEZ, PEDRO Y FUENTES, SEBASTIÁN (2015): «Estudios sobre construcción de ciudadanía en la escuela secundaria argentina: tendencias y categorías en las investigaciones en la última década (2002-2012)», en: *Espacios en Blanco*, n° 25, pp. 351-372.

- NÚÑEZ, PEDRO Y LITICHEVER, LUCIA (2015): *Radiografías de la experiencia escolar. Ser joven (es) en la escuela*, Buenos Aires, Ed. Aula Taller.
- NÚÑEZ, PEDRO Y COZACHCOW, ALEJANDRO (2016): «Llueve pero hay «alegría» en la Ciudad: Retrato del acto de lanzamiento de la campaña electoral 2013 de la juventud del PRO de la CABA», en: *Postdata. Revista de reflexión y análisis político*, pp. 269-302.
- NÚÑEZ, PEDRO, OTERO, ESTEFANÍA Y CHMIEL, FIRA (2017): «Estilos de hacer política en la escuela secundaria. Un estudio de la participación juvenil en dos escenas históricas (1982-1987 y 2010-2015)» en: Vázquez, M., Vommaro, P., Nuñez, P. y Blanco, R. (eds.), *Militancias juveniles en la Argentina democrática. Trayectorias, espacios y figuras de activismo*, Buenos Aires, Imago Mundi.
- PEREYRA, SEBASTIÁN (2016): «La estructura social y la movilización. Conflictos políticos y demandas sociales», en: Kessler, G. (comp), *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- PORTANTIERO, JUAN CARLOS (1978): *Estudiantes y la política en América Latina*, México, Siglo XXI.
- PUDAL, BERNARD (2011): «Los enfoques teóricos y metodológicos de la militancia», *Revista de sociología*, nº 25, pp. 17-35.
- REDONDO, JESS (2009): «La educación chilena en una encrucijada histórica», en: *Diversia. Educación y sociedad*, nº 1, vol. 1, pp. 13-39.
- RODRÍGUEZ, ERNESTO (2012): *Movimientos juveniles en América Latina: entre la tradición y la innovación*, Montevideo, CELAJU-UNESCO.
- SARAVÍ, GONZALO (2015): *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*, México, Flacso, Ciesas.
- SEMPOL, DIEGO (2006): «De Liber Arce a liberarse. El movimiento estudiantil uruguayo y las conmemoraciones del 14 de agosto (1968-2001)», en: Jelín, E. y Sempol, D. (comps.), *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- TIRAMONTI, GULLERMINA (2004): *La trama de la desigualdad educativa. Mutaciones recientes en la escuela media*, Buenos Aires, Manantial.
- TOER, MARIO (1988): *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín/1*, Buenos Aires, CEAL.
- VÁZQUEZ, MELINA (2015a): «Del que se vayan todos a militar por, para y desde el Estado. Desplazamientos y reconfiguraciones del activismo juvenil y las causas militantes luego de la crisis del año 2001 en Argentina», en: Valenzuela, J.M. (coord.), *El sistema es antinosotros. Culturas, movimientos y resistencias juveniles*, México, Gedisa/COLEF/ Universidad Autónoma Metropolitana.
- VÁZQUEZ, MELINA (2015b): *Juventudes, políticas públicas y participación. Un estudio de las producciones socioestatales de juventud en la Argentina reciente*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario / Ediciones del Aula Taller.
- VÁZQUEZ, MELINA, ROCCA RIVAROLA, DOLORES Y COZACHCOW, ALEJANDRO (2017): *Fotografías de las juventudes militantes en Argentina. Un análisis de los compromisos políticos juveniles en el Movimiento Evita, el Partido Socialista y el PRO entre 2013 y 2015*, en: Vázquez, M., Vommaro, Pablo, Nuñez, Pedro y Blanco, R. (eds.), *Militancias juveniles en la Argentina democrática. Trayectorias, espacios y figuras de activismo*, Buenos Aires, Imago Mundi.
- VOMMARO, PABLO (2015): *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina. Tendencias, conflictos y desafíos*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario.